

Libros del Mes

España: 1808-1996. El desafío de la modernidad, Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox, Madrid, Espasa Calpe, 1997.

A finales del siglo XVI y principios del XVII surge una tradición en España que ha tenido mucho éxito y con la que Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox no están de acuerdo. Es la tradición que se centra en el estudio de la cuestión de "España como problema". Los arbitristas intentaron resolver la paradoja de cómo España, siendo una potencia militar de primer orden y teniendo recursos naturales y humanos en la península, pero sobre todo, en las colonias americanas, se estaba quedando atrasada desde el punto de vista económico en comparación con las Provincias Unidas (léase Holanda). Estas provincias desafiaron el poderío militar español con éxito y aunque eran "estériles", por no tener abundancia de recursos naturales según los contemporáneos, deslumbraban por su prosperidad económica. La solución de esta paradoja la encontraron los arbitristas en que España tras el descubrimiento de América había dejado las actividades productivas en manos de los extranjeros y preferían vivir de las rentas no fruto del trabajo o de la limosna. Martín González de Cellorigo, en 1600, llegó a decir que España parecía una "república encantada" en la que nadie trabajaba. La propuesta para salir del atraso era obvia, que los españoles volviesen a los sectores productivos y se eliminasen los obstáculos que impedía el desarrollo de tales actividades. Esta propuesta se complicó cuando una mayoría de arbitristas introdujo un discurso nacionalista y dramatizó la situación.

Una minoría, como el aragonés Dormer, aceptaba como un hecho la superioridad de los extranjeros en los principales sectores económicos y más que desarrollar un discurso nacionalista adornado con medidas xenófobas o dramatizar, propuso que los españoles se aplicasen y produjesen a precios competitivos y con una calidad superior. La mayoría de los autores, en cambio, tuvo una reacción nacionalista que acusaba a los extranjeros, esas "sanguijuelas que chupan" la sangre española según sus propias palabras, de que los españoles hubiesen abandonado los sectores productivos y entregado a la holgazanería. Los españoles eran los "negros" o mucho peor los "indios" de Europa y engañados por los extranjeros, que sacaban las "riquezas" de España a cambio de baratijas al igual que los conquistadores obtenían metales preciosos de los indígenas a

cambios de cristales relucientes sin apenas valor. Esta postura conduce, a los más radicales, a proponer la expulsión de los extranjeros de los sectores productivos mediante medidas proteccionistas e intervencionistas. Moncada llegó incluso a proponer la utilización de un sistema represivo como el de la Santa Inquisición para aquellos que introdujeran productos extranjeros. La nostalgia y el espíritu de fracaso se apoderó de muchos que miraban el reinado de los Reyes Católicos como la Edad de Oro de España.

Jovellanos fue quien mostró el progreso de la agricultura desde la conquista romana hasta el siglo XVIII y denunció cómo muchos autores se habían valido de la decadencia para proponer remedios que derivaban en multiplicar el número de leyes en nombre del interés público o de España y no para eliminar los obstáculos interpuestos en el camino de los agentes económicos. El ilustrado asturiano fue leído y seguido por numerosos liberales, pero a finales del siglo XIX y primera mitad del XX el pensamiento de los arbitristas se vuelve a tener en cuenta. Los regeneracionistas comienzan a tratar el tema de los "males de la patria", "el atraso económico" o la "decadencia española", empleando en muchas ocasiones un razonamiento parecido al de sus antepasados. Una de las diferencias más importantes entre unos y otros, era que los regeneracionistas cuestionaron los elogios de los arbitristas a la riqueza natural de España y a las virtudes de sus habitantes. Lucas Mallada en *Los Males de la Patria* (1890) comienza con dos capítulos, uno dedicado a la "pobreza de nuestro suelo" y el otro a los "defectos del carácter nacional". Destaca la sequedad, el relieve orográfico, la constitución geológica y la escasez de arbolado como contrarios a la producción. Asimismo, se detiene en los defectos de la "raza latina" para la producción y en un párrafo muy duro señala: "¡Qué holgazanería, qué inactividad, qué abandono por cualquier parte que se observe! ¡Qué falta de previsión, cuánta flojedad en todas las clases sociales! Nunca y para nada llega en este país el momento de obrar. A lo sumo, forjamos planes ilusorios y nos entretenemos con proyectos irrealizables". Por si fuese poco, en 1898 se perdió Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Durante el franquismo se profundizó en las peculiaridades del caso español y en la vía nacionalista y no fue una casualidad el que en los años cuarenta se fundase el Instituto de Economía del C.S.I.C. con el nombre de Sancho de Moncada. Este dramatismo nacionalista contagió incluso a destacados maestros, que no

compartían las opiniones políticas del momento, como Ramón Carande. En el tomo primero de *Carlos V y sus banqueros* (1943) tiene un capítulo titulado "La encrucijada mercantilista" donde da la razón a Moncada cuando sostiene que no supimos encauzar las riquezas de las minas hacia fines productivos. Sin duda influido por los historicistas alemanes, Carande afirma que el mercantilismo "forma un haz de sistemas políticos que con laborioso desarrollo consolida las economías nacionales". Se queja más adelante de que, debido a la extensión de tierras y la variedad de pueblos que contenía el imperio español, no fue posible un "criterio de nacionalismo estricto" para la constitución de la economía española. En el mismo libro tiene un epígrafe en el que elogia a Luis de Ortiz y su sistemática propuesta acorde a las ideas mercantilistas que preponderaban en el resto de Europa y que tuvieron tan buenos resultados según Carande.

De todo lo dicho hasta ahora, se puede llegar a dos conclusiones en cuanto a la interpretación tradicional de la Historia de España. En primer lugar, una mayoría de autores traza la historia de un fracaso debido a unos rasgos peculiares españoles, es decir, plantean la cuestión de "España como problema". En segundo lugar, se explica la evolución de España hacia la democracia y el desarrollo económico en términos nacionales.

España: 1808-1996. El desafío de la modernidad es un intento de desmontar la primera de las conclusiones. Fusi y Palafox en los primeros párrafos del prólogo no admiten la tesis de "la excepcionalidad española" durante los siglos XIX y XX. Es decir, no están de acuerdo en volver a plantear la cuestión de "España, como problema; España, país dramático, España como fracaso". Escriben un libro en el que consideran a España, por utilizar sus propias palabras, como "un país normal". España durante los siglos XIX y XX se enfrentó al doble desafío de construir un Estado eficaz y liberal y desarrollar una economía próspera y estable y tras muchos avatares en la actualidad estamos ante un país democrático con una economía que, aunque todavía no ha alcanzado el nivel de Alemania, está situada en las mismas coordenadas de los países de su entorno.

Esta visión alternativa, más optimista, muy polémica y crítica con la tradición que nace en el siglo XVII, no lleva a Fusi y Palafox a minimizar la gravedad de los problemas españoles en el plano político y económico durante los dos siglos estudiados. Hubo guerras civiles, reyes torpes, políticos triunfalistas, caciques, salvadores de la patria (muchos, por cierto), golpes de estado y dictaduras "blandas" y "duras". También hubo medidas excesivamente intervencionistas y proteccionismo arancelario hasta llegar a la autarquía. No obstante, en el otro lado de la balanza colocan otras realidades: "Estado, administración, derecho, código, organización de justicia, crecimiento económico más o menos sostenido desde 1870, ciudades, sociedad civil y profesional, formas de vida y cultura modernas". España no se industrializó durante el siglo XIX, se abusó del arancel e incluso de la autarquía, pero durante el siglo XX ha logrado incorporarse al limitado grupo de países desarrollados, aunque nuestros niveles de renta comparados con las economías más avanzadas todavía sean inferiores. Fusi y Palafox no acuden para explicar

la evolución distinta de España hasta llegar a la democracia y al desarrollo económico a ninguna "particular forma de ser los españoles que los haría poco predispuestos al trabajo", ni a diferencias "en los parámetros centrales de su comportamiento económico en relación con el resto de los europeos". Las causas, en cambio, deben buscarse, según Fusi y Palafox, en otro lado: "en el escaso empuje de los incentivos favorables a la inversión y la innovación ante un marco institucional y de los derechos de propiedad discriminatorio para la reinversión de los excedentes en el proceso de producción; en las desventajas derivadas de una orografía y una climatología poco propicias; en la baja calidad de la tierra en gran parte del territorio, o la ausencia de los recursos naturales fundamentales para el crecimiento económico hasta bien entrado el siglo XX". Libros como *España: 1808-1996*. El desafío de la modernidad contribuyen a centrar el debate no en la cuestión de "España como problema", sino en los problemas de España que son parecidos a los de los países de nuestro entorno (déficit público, paro e inflación por ejemplo). No obstante, los autores navegan por aguas turbulentas y peligrosas en su intento de reducir el "España es diferente" a un bello eslogan para atraer turistas a nuestras playas, sin caer en el "España fue bien", por parafrasear otro eslogan muy popular en los últimos meses.

Una crítica que había que hacer a los autores del libro que reseñamos es que, cuando se acercan a los temas tratados, no logran desprenderse del segundo de la interpretación tradicional. Es decir, que la unidad de estudio continúa siendo la nación y no los protagonistas de los hechos, los empresarios y los trabajadores. Recientemente al tratar de la industria española y los historiadores (*Papeles de Economía Española*, 1997, núm. 73, pp. 61-63), Pedro Fraile apunta que el talón de Aquiles de numerosos ensayos sobre la industrialización es plantear el problema en términos nacionales lo que oculta "los auténticos mecanismos y motivaciones del proceso, e induce a pensar en un proyecto del que los empresarios están ausentes" y lo que es peor "las industrializaciones corren el peligro de convertirse en procesos gobernados por fuerzas misteriosas susceptibles de las más variadas interpretaciones". Todo ello conduce a algunos historiadores a interpretar la industrialización española como "un intento nacional por superar el atraso nacional". Los autores del libro reseñado no superan este enfoque nacional y no fundamentan microeconómicamente la explicación de cómo los españoles se enfrentaron al desafío del desarrollo económico.

En suma, el lector encontrará en *España: 1808-1996*. El desafío de la modernidad argumentos para cuestionar la tesis de la peculiaridad del caso español expuestos con un lenguaje sencillo y ameno que permite su lectura sin dificultad por los no especialistas como prueba sus tres ediciones publicadas en menos de cuatro meses. El libro sitúa al lector en el centro de uno de los debates más polémicos y todavía sin resolver de la historiografía española.

Luis Perdices de Blas
Catedrático de Historia del Pensamiento Económico
Universidad Complutense de Madrid